



**Código documento:** 037cas  
**Nombre documento:** Relatos y cuentos: Mucho más que dos  
**Idioma:** Castellano  
**Fecha creación:** 25 de febrero de 2009  
**Autor:** Gregorio de Zaragoza

### *Mucho más que dos*

La verdad es que ya me fijé en ella en el autobús que nos subía a Roncesvalles desde Pamplona. La vi en su asiento y deseé, más que imaginé, que fuera peregrina. Luego durante la acogida en la Abadía comprobé el color rojo tan bonito de su pelo rizado o al menos revuelto, lo llevaba peinado como con descuido pero le daba un aire juvenil que me pareció adorable. En el dormitorio me asignaron una litera desde la que se veía la suya. En la misa y la bendición procuré ponerme detrás de ella para mirarla sin que se notase demasiado y recibí como premio su aroma fresco y penetrante.

Pensándolo bien no sé porqué me fijé en ella, ni era la única, ni la más guapa, ni siquiera la de conversación más interesante. A la hora de ir a cenar le pregunté con mucha naturalidad si pensaba ir a éste o a aquél otro restaurante, me dijo que a éste y le dije que yo también y si quería, íbamos juntos. Ella no dijo que no, pero que iba a ir con los sevillanos y otros peregrinos, yo me apunté al grupo. Tras la cena, en una improvisada tertulia, nos presentamos y dijimos cada uno de donde veníamos y hasta donde pensábamos llegar, los sevillanos, los estudiantes alemanes que sabían español, la pareja de Madrid, ella y yo queríamos llegar a Compostela. Algunas historietas sobre personajes del camino, algún intercambio de información, unas risas y luego asistimos por primera vez a un acto de oración de un grupo de franceses, que terminaron entonando una preciosa canción medieval que entonces ya cantaban los peregrinos hacia la tumba del Apóstol, en Compostela, en el Finisterre:

iHerru Sanct Iago!,  
 iGot Sanct Iago!,  
 ie ultreia, e sus eia!,  
 iDeus adjuvanos!.

Touts les matins nous prenons le chemin  
 Touts les matins nous allon plus loin  
 jour après jour, la route nous apelle  
 çe la voie de Compostelle

iUltreia, ultreia! et sus eia,  
 Deus adjuvanos.

Et tout là-bas au bout du continent,  
 Mes sire Jacques nous attend,  
 depuis toujours son sourire  
 fixe le soleil qui meut au Finisteré.

iUltreia, ultreia! et sus eia,  
 Deus adjuvanos.

Con el corazón vibrante y los ojos arrasados por la emoción nos fuimos a intentar dormir, cosa que no fue nada de fácil por los nervios de la primera etapa y por extrañar nuestras camas y hogares. Cada vez que me despertaba, miraba hacia su litera y pensaba en su nombre, en el color de su pelo, en sus ojos. En más de una ocasión creí que ella también me miraba pero eso no era de esperar, pues no creí haberle causado sensación alguna, como para que pensara en mí ni un solo momento.

Por la mañana tuve la paciencia de esperar a que se levantara y así poder verla como deseaba verla en muchas otras ocasiones, a mi lado recién levantada de la cama . Esperé en el bar desayunando, pero no vino, luego supe que había desayunado con los sevillanos, con los que pensaba seguir viaje. Los vi cuando salía del bar y por supuesto me pegué a su rueda. Durante el camino, entre silencios y bromas, entre confesiones y deseos, procuré no separarme de ella y no parecía molestarse con mi presencia, pero fue en Zubiri, durante el abundante almuerzo, en donde me miró por primera vez, no una mirada furtiva ni casual, me miró a mí como si fuese el único ser de la tierra. Yo le devolví la mirada y nació la complicidad, ya no íbamos a separarnos.

A pesar de saberme elegido, no bajé la guardia y el pavoneo y cortejo continuaron hasta Larrasoña que era el final de nuestra etapa. Allí volvimos a juntarnos la mayor parte de los peregrinos que salimos de Roncesvalles, pero ya no era lo mismo, ella me miraba a mí aunque siguiera las gracias de los sevillanos y la conversación de los alemanes que se interesaban por la historia, la filosofía y el universo de emociones con el que está hecho el Camino de Santiago.

¿Cuándo nos cogimos la mano por primera vez?, posiblemente mientras le contaba la historia de Victoria que le gustó muchísimo y después fue el beso en la mejilla, fugaz, disimulado con la sensación amorosa por lo sensible del momento, pero fue el primer beso, me gustó, no me hice ilusiones pero me preparé para no perderla.

Por la mañana estaba esperándome para coincidir conmigo, a la vez que entretenía a los sevillanos para ir en grupo. Andábamos algo separados pues se notaba nuestra química en plena fusión, nos cogíamos de la mano, nos rozábamos el cuerpo, nos mirábamos continuamente rezumando deseo, pasión. Y fue a la salida de Arre, después del almuerzo, cuando se materializó el beso, un beso profundo y húmedo, un beso largo y desvergonzado apoyados contra la tapia de un convento, luego seguimos cogidos de la mano, ya íbamos juntos, ya éramos dos, ya éramos uno.

En Pamplona nos separamos del grupo y subimos al Alto del Castillo, tras la catedral, para besarnos y abrazarnos durante un buen rato. Me besó, mejor dicho, la besé... seamos justos, nos besamos unidos en un abrazo vigoroso, sinuoso, apasionado, sensual, amoroso... Pero era víspera de fiesta y había muchos ciudadanos de paseo por el parque, tuvimos que sujetar nuestra pasión. Luego, no estuvimos seguros de que lo que queríamos era lo que deseábamos y decidimos no pasar la noche en la ciudad y seguir el camino. Llegamos Zizur Menor donde, al vernos llegar cogidos de la mano, nos saludaron con aplausos, risas y abrazos, nos daban la enhorabuena, ¿tanto se notaba?.

Pasé la noche sin apenas dormir, sólo miraba hacia su litera, al lado de la mía, como si temiese que desapareciera mientras dormía. A la mañana siguiente, ojerosa, me confesó que le había pasado lo mismo, en ese momento prometimos no separarnos, al menos hasta llegar a Compostela. En el albergue y durante el desayuno siguieron las bromas y las felicitaciones, incluso uno de los alemanes hizo una tarjeta en forma de corazón, en la que firmaron todos los de nuestro improvisado grupo. Hasta el camarero del bar en donde desayunamos, se reía y nos invitó a unas gotas de aguardiente en la leche con colacao, Necesitaréis mucha energía, nos decía entre risas, pero una vez terminado el desayuno el grupo se fue marchando, dejándonos solos frente a frente.

La mañana de ese día de fiesta era esplendorosa, incluso hacia un poquito de calor que agradecíamos en esa incipiente primavera. Desde Zizur el camino se presentaba duro, pues no dejaba de subir hasta el Alto del Perdón. Nosotros no nos dábamos cuenta ya que íbamos parándonos en cada recodo, bajo cada árbol, junto a cada tapia, la pasión daba rienda suelta a sus mandatos y llegó el momento en el que ya no podíamos esperar más. Estábamos cerca del Alto, fuimos buscando un lugar discreto para nosotros. Vimos una soleada praderita al abrigo de un terraplén alto, dejamos las mochilas junto a la pared y nos tumbamos en la hierba.

Uno junto al otro cogidos de la mano, mirábamos el cielo por el que corrían unos jirones de nube, sin palabras, me coloqué de costado y sobre ella, la besé, nos besamos larga y apasionadamente. Bajo su camiseta acaricié sus suaves pechos, que respondieron inmediatamente alargando y endureciendo sus pezones oscuros, metí la cabeza bajo la camiseta y los atrapé entre mis labios, ella sujetaba mi cabeza revolviéndome el pelo y acariciando mi cuello. Sin previo acuerdo, las cinturillas de nuestros pantalones se liberaron por la acción de nuestros dedos que inmediatamente comenzaron a explorar nuestros sexos, los besos, las caricias las palabras entrecortadas se sucedían. Me coloqué firmemente sobre ella mientras me acariciaba y oprimía el final de la columna vertebral, intenté hacerme camino para penetrarla y fue entonces cuando me presionó con sus dedos en los hoyuelos lumbares, que hicieron que se soldaran mis vértebras proyectando mi cabeza hacia el cielo, obligando a mis caderas hacia el suelo y hacia su interior mi sexo.

No puedo decir lo que duró pero fue amoroso, placentero, sensual... Cuando bajábamos de nuestra nube oíamos cómo un aleteo de palomas a nuestro alrededor, mejor dicho por encima de nuestras cabezas, que parecía acompañarnos. Luego ese aleteo se hizo más fuerte y al volver la vista hacia la pendiente del terraplén, nos encontramos con un montón de ojos de personas que desde el mirador del Alto del Perdón nos aplaudían, daban gritos de bravo o simplemente nos insultaban.

Desde el mirador bajaron los sevillanos y alemanes gritando bravos y aplaudiendo, con ellos bajaban unas señoras mayores francamente indignadas, que proferían insultos muy groseros y a las que sus maridos no podían calmar ni contener y por fin se presentaron a nuestro lado una pareja de la Guadiacivil que indiferentes nos pedían la documentación. Tuvieron que esperar un rato ya que primero debíamos de despertar de nuestro letargo, después nos adecentamos la ropa y el pelo, por fin respondimos con sonrisas y gestos a las muestras de cariño de nuestros compañeros peregrinos y luego de nuestras carteras sacábamos la documentación que dimos a los agentes. Pronto los volveríamos a ver ya que las señoras amenazaron con presentar denuncia por escándalo público y tuvimos que pasar por el cuartel de Puente la Reina, por si se hubiese materializado la denuncia.

Pasado el bochorno y el incidente nos dejaron solos, la bajada del Alto del Perdón fue como bajar de una nube, ni nos dimos cuenta de las piedras y barranqueras. Nos perdimos, o creo que nos perdimos, parte del paisaje navarro, pues íbamos compartiendo nuestras vidas y poniéndonos al día en cuanto a nuestros sentimientos. Cogimos el desvío a Eunate sin pensar muy bien si queríamos hacerlo y por fin en la ermita, la promesa "Uno para siempre".

Eso es todo, un recuerdo de días pasados, pero ese recuerdo está vivo en mi pensamiento, en nuestro pensamiento, han pasado más de diez años y cuando los hijos no están en casa y nos invaden los recuerdos, le digo a mi compañera ¿quieres que hagamos el Camino de Santiago? Y para otros eso querrá decir otras cosas, nosotros recordamos cuando fuimos mucho más que dos y sabemos lo que queremos decir.

*Gregorio de Zaragoza*